



**EL  
EJECUTIVO**

**THOMAS M. DISCH**

Bob Glandier tiene 41 años, pesa bastantes kilos de más y ha sabido moverse en el mundo de los negocios con una peculiar mezcla de inteligencia salvaje y absoluta falta de escrúpulos, la misma que ha aplicado a su vida privada. Cuando decide matar a Giselle, su esposa, utiliza esas cualidades y la estrangula con toda la concienzuda dedicación que emplea para cerrar uno de sus tratos comerciales.

Glandier siempre ha creído que la muerte es el fin de todos los negocios y problemas, pero su ahora difunta esposa Giselle, dispuesta a llevarle la contraria tanto en este mundo como en el otro, encontrará un considerable surtido de aliados procedentes del cielo, el infierno o el purgatorio, que le servirán de ayuda para demostrarle lo contrario: la muerte no es el final, sino el principio de toda una serie de negocios y componendas infinitamente peligrosos y frente a los que la experiencia comercial acumulada por Glandier sirve de bien poco.

*Lo fundamental, siempre y en el fondo, es espiritual.*

DWIGHT D. EISENHOWER

# 1

Cuando despertó, tardó cierto tiempo en comprender dónde estaba, hasta que por fin cayó en la cuenta: estaba muerta y enterrada. Cómo lo sabía, qué sentido la informaba de ello, lo desconocía. No era la vista física ni ningún análogo espiritual suyo, pues, ¿cómo va a haber visión donde no entra la luz? Tampoco tenía sensación corpórea en las extremidades ni en el tronco, el corazón o la lengua. Su cuerpo estaba allí, en el ataúd con ella, y en cierto sentido todavía se hallaba vinculada a sus proteínas en desintegración, pero todas estas cosas no las percibía por medio de los sentidos físicos. Tan sólo existía una esfera de conciencia del yo más allá de la cual era capaz de distinguir vagamente ciertos elementos esenciales de la tierra que la aprisionaba: una masa densa, húmeda e intrincada atravesada por constelaciones de anhelos avanzando, nódulos de intensidad contra un resplandor lechoso de apacible transformación bacteriana.

Recordó los versos de su infancia: «Entran los gusanos. Salen los gusanos. Los gusanos juegan al parchís en tu nariz».

¿Cuánto tiempo iba a durar aquello? El interrogante se formuló con frialdad, sin desencadenar alarmas. Se suponía que los fantasmas, los fantasmas de que tenía noticia, eran libres de moverse a su antojo. Se decía que volaban, mientras ella estaba sujeta, por algún tipo de gravedad psíquica, a aquel cadáver inerte en que hasta el proceso de descomposición se veía dificultado por las sustancias químicas que le habían sido inyectadas.

Casi al tiempo que se formaba la pregunta, la respuesta existía ya en su esfera de percepción. Su yo pensante continuaría pensando indefinidamente. Eternamente, no. La eternidad continuaba siendo una idea tan insondable y nebulosa como cuando estaba viva. También sabía que no siempre iba a estar confinada en el ataúd de su cadáver, que en cierto momento podría soltarse de su envoltorio de carne para volar en libertad como los demás fantasmas.

Pero ese momento todavía no había llegado. Por ahora estaba muerta y no le quedaba sino pensar en ello.

## 2

Los martes, a la hora del almuerzo, Glandier se iba con el coche a la sauna Bicentennial de Lake Street y se daba un revolcón con quien estuviera libre. No era exigente. Lo principal era regresar al despacho antes de las dos. No es que le hubiera importado a nadie que llegara media hora tarde, pero a él sí le importaba. Le gustaba distribuir el tiempo en pulcros paquetitos de una hora, hábito que había adquirido en el colegio, donde el timbre que señalaba las horas señalaba también un cambio de marcha mental.

Naturalmente, tenía sus favoritas. Para un francés, le gustaba Libby, que era la más joven de la sauna y algo flaca y débil. Nunca se arrodillaba delante de él sin una pequeña mueca de repugnancia. Esto ejercía un efecto positivo tan inmediato en Glandier que casi no tenía tiempo de meterle la polla en la boca antes de disparar su cargamento. En cierto modo, parecía que no aprovechaba los 25 dólares, pero mientras duraba era fantástico, lo mismo que durante los diez o quince minutos siguientes. Por otra parte, así disponía de más tiempo para almorzar.

Su otra favorita debía de ser la de más edad del grupo. Por Sacajawea la conocía la clientela de la Bicentennial, una india auténtica con un orondo culo, unas enormes tetas caídas y mucho maquillaje en los ojos. Tenía una manera muy excitante de bajar y subir las pestañas, aunque seguramente sería tan falsa como las propias pestañas. Le gustaba que actuara como si creyera que Glandier era cojonudo en la cama, que mientras se la tiraba ella canturrease obscenidades para animarlo, o las profiriera casi sin aliento si ya ha-

bían llegado a ese ritmo, saber que agradecía su asistencia regular y las propinas de cinco dólares, ya que era consciente de que no valía nada, y que, cuando había terminado y se había repuesto, empezara a chupársela, gratis. Aunque generalmente no servía de gran cosa. Se le levantaba sin problemas, pero por lo general no podía eyacular dos veces en los tres cuartos de hora que se asignaba.

La visita semanal a la Bicentennial servía para sustituir la que solía hacer a la consulta que tenía en el centro de Saint Paul el doctor Helbron, un psiquiatra especializado en combatir depresiones y angustias de altos ejecutivos de 3-M, Honeywell y otras multinacionales con sede en Twin Cities. El propio doctor Helbron le sugirió la Bicentennial, afirmando que lo único que necesitaba Glandier para empezar a encontrarse como antes era echar un polvito de forma regular. ¿Cómo iba a rechazar el experimento si se lo proponía su propio médico?

Y funcionó. Pese a que no era exactamente el de antes, ya no podía seguir quejándose de depresiones incapacitantes ni de repentinos accesos de ira desatada. Aquéllos eran los síntomas que en un principio lo llevaron a la consulta del médico, siguiendo el consejo del jefe de personal de la empresa, Jerry Petersen. En aquellos tiempos, el verano de 1979, Glandier hacía todo lo que podía para comportarse con la seguridad de siempre, sonriendo mucho y contando chistes constantemente, pero, si bien lograba disimular las depresiones, los accesos de ira, cuando se producían, ya no eran tan controlables. Sin darse cuenta, se disparaba y se encontraba armando un escándalo en un restaurante o reprendiendo a alguna chica del despacho por algo que seguramente no era culpa de ella. En su interior había una especie de demonio de la petulancia que aparecía de pronto como una serpiente de cascabel. Cuando sus socios hubieron presenciado unas cuantas escenas de este tipo, Jerry Petersen, que no sólo era jefe de personal sino también un buen amigo, le sugirió que buscara consejo profesional. Un

modo educado de decir que estaba loco. Pero es que lo estaba, no podía negarlo.

Sólo un loco asesinaría a su esposa, y eso era lo que había hecho Glandier.



### 3

A los cuarenta y ocho años, Joy-Ann Anker se estaba muriendo de cáncer. Se había puesto muy enferma al cabo de dos semanas de seguir un régimen que hasta entonces había sido un gran éxito. En el hospital la sometieron a una exploración para una biopsia y descubrieron un tumor maligno de buen tamaño en el colon transverso que ya se había extendido más allá del punto en el que la cirugía podía dar resultados esperanzadores. Le prescribieron un tratamiento de quimioterapia que le producía unas náuseas casi constantes y la mandaron a casa. Irónicamente, el cáncer, la exploración y la quimioterapia combinados dieron los mismos resultados que una dieta perfecta. Por segunda vez en su vida volvía a tener el que se suponía su peso ideal, 51 kilos, y podía ponerse ropa de hacía catorce años. Sin embargo, la mayor parte de su ropa se la había dado a su hija hacía tres años, cuando perdió la fe en las dietas. Una vez Giselle se hubo marchado con las cajas de ropa, Joy-Ann se echó a llorar al imaginarse la vida que le esperaba, una vida de aburrimiento, alcohol y soledad. Ahora volvía a llorar al pensar que ni siquiera de esa vida podría disfrutar. En ocasiones incluso se reía de todo. Era evidente que Dios le estaba gastando una broma.

Oficialmente no sabía que se estaba muriendo. Tanto el médico como el sacerdote le habían dicho que, si bien las posibilidades eran pocas, aún había esperanza. A ella no le dijeron esperanza de qué, pero durante una de las visitas de Bob al hospital se fingió dormida para no tener que hablar con él (si había algo peor que ir a ver a alguien al hos-

pital era que te vinieran a ver a ti), y el doctor Wandke le contó a su yerno una historia bastante distinta. Seis meses, como máximo. Eso fue a finales de enero, lo cual, con suerte, le daba hasta últimos de julio.

Poder fingir que no lo sabía le proporcionaba cierto alivio. Cuando iba a verla el padre Rommel podía comportarse como de costumbre y no se veía obligada a confesarse, mientras que si el pronóstico se hacía público tendría que pasar por la confesión, y sería una confesión difícil, pues todavía, en el fondo de su corazón, se aferraba a un pecado del que no podía o no quería arrepentirse. Desde un punto de vista estrictamente católico quizá no fuera pecado, incluso puede que todo lo contrario, pero no le apetecía tratar de ese tema con un cura. Ya había sido bastante bochornoso tener que confesar cada año que usaba anticonceptivos, pero aquello... En cualquier caso, había dejado de creer en muchas cosas desde que sus hijos se fueron de casa y pudo desentenderse de sus creencias religiosas.

Se le ocurrió que tal vez podría recuperar la ropa que le había dado a su hija. O, todavía mejor, podía pedir la ropa de Giselle, si Bob no la había regalado a Industrias Buena Voluntad como pensaba hacer. Llamó a Bob al trabajo y su secretaria le dijo que estaba reunido, lo cual, naturalmente, no se creyó. Bob era un buen yerno, sobre todo considerando lo que había ocurrido, pero las visitas semanales eran consecuencia de su sentido del deber, no de que disfrutaran de la mutua compañía. Giselle era lo único que tenían en común, y cuanto menos dijeran de ella, mejor.

Como persona cumplidora que era, la llamó aquella misma noche y no hizo falta más que insinuar lo que quería para que él se ofreciera a pasar al día siguiente, cuando fuese a trabajar, con todo el guardarropa de Giselle. Había ocho cajas de cartón. Al principio le pareció mucho, pero, considerando cuántas cajas harían falta para empaquetar toda su ropa cuando muriera, no eran demasiadas. Se preguntó si habría traído la ropa que tenía Giselle en Las Ve-

gas. Mientras la tragedia se hallaba todavía presente en la mente de todo el mundo, evitó preguntarlo, pero ahora, mientras desempaquetaba las ocho cajas, la curiosidad la devoraba.

Había varios conjuntos informales que nunca le había visto puestos, pantalones tejanos, camisas de algodón y cosas por el estilo, pero sólo uno de ellos, según la etiqueta, procedía de Las Vegas: un traje-pantalón naranja de poliéster fino. Le quedaba perfecto y, a los ortodoxos ojos de la señora Anker, resultaba levemente provocativo. Quizá pudiese teñirlo, pero lo dudaba. ¿Qué tipo de vida llevaba Giselle allí? No comprendería jamás qué le dio a su hija para que huyera de aquella forma. No podía ser el juego. Giselle era la única inmune. Debió de ser pura y simple locura.

Al final, lo único que se quedó, aparte del traje-pantalón, fueron las cosas que ella misma le había dado a Giselle: el traje con cinturón de Dayton's, el vestido negro que se había puesto en el funeral de su madre y muy pocas veces después, y varios vestidos estampados, demasiado finos para el invierno. Mientras se los probaba todos delante del espejo del dormitorio, de vez en cuando se le escapaba alguna lágrima al pensar que tal vez no viviría lo suficiente para ponérselos, pero a veces también sonreía porque en toda su vida nunca había estado tan atractiva.

## 4

Situado en ángulo respecto del mundo que había conocido hasta entonces, aquel mundo que quedaba dos metros por encima de ella, con sus coches y sus casas, había otro mundo. A veces parecía que ese otro mundo estaba en su interior, pero cuando dirigía su atención hacia dentro e intentaba aproximarse al umbral, ese mundo interior apenas percibido se desenfocaba o palidecía, si bien no llegaba a desaparecer por completo. Siempre estaba presente, tan real como los muebles con los que uno se tropieza en una habitación a oscuras.

La primera visión límpida fue fulgurante. Al otro lado de aquel umbral vio un campo de pura geometría y color, como una pintura que cubriera simultáneamente el suelo y las paredes. Guardaba cierto parecido con un mantel a cuadros rojos y blancos, pero oscilaba, y las franjas rojas eran igual de luminosas que los trozos blancos, que en realidad no eran blancos, sino de otro color indefinible. Parecía muy hermoso e importante, pero, antes de que comprendiera por qué, había desaparecido.

Posteriormente especuló mucho sobre lo que había visto; sin embargo, aunque recordaba su aspecto con bastante precisión, su significado se le escapaba. Paciencia, ésa era la primera lección de la otra vida, una paciencia que no era medida por calendario ni reloj alguno, ni siquiera por las cadencias del pensamiento articulado. La mayor parte de su tiempo subjetivo transcurría en fases de baja percepción, como las que en vida se experimentaban tan sólo en el umbral del sueño. No se podía saber cuánto duraban

esos períodos de sueño espiritual; podían ser siestecillas de diez minutos o letargos de todo un invierno, como una semilla en tierra helada. A veces, las constelaciones de anhelos que se arrastraban por la tierra habían cambiado completamente cuando despertaba, o los tejidos en licuefacción de su cadáver habían entrado en un estado de desintegración nuevo y más profundo.

Imposible; ni siquiera como espíritu disociado de la carne podía evitar contemplar tales transformaciones sin aversión. Le era imposible no estar tensa ante aquel vínculo que la mantenía allí, encerrada en el ataúd como un genio en una lámpara. Sin embargo, su sensación no era de temor; más bien contemplaba su cadáver como en el mundo de arriba hubiera reaccionado ante un apestoso y harapiento vagabundo de Hennepin Avenue a quien nadie podría ayudar aunque pidiera ayuda.

En una ocasión le pareció que había quedado libre. Al secarse un tendón del cadáver, se le descoyuntó un hueso y creyó que ese repentino chasquido indicaba que cedía la cerradura. Y tal vez sí señaló, en cierto modo, el principio de su liberación, ya que después le pareció que el horizonte de su conciencia se ampliaba considerablemente. Empezó a tener una sensación casi panorámica del cementerio, no sólo de la esfera de tierra que la rodeaba inmediatamente sino más allá, donde yacían y se consumían los demás cadáveres, todos muertos, todos inertes e inconscientes. Tan sólo ella, en todo el cementerio, vivía después de la muerte.

No, no era así. Tan sólo ella no había cruzado ese umbral interior que daba paso al infinito mantel a cuadros. Además de estar atrapada en su cuerpo, lo estaba también en el mundo.

## 5

El don de la gracia tiene su propia crueldad, que resulta inexplicable. La gracia se distribuye por familias, no es cuestión de mérito. Generaciones enteras de hijos de puta pueden disfrutar de la más infame buena suerte, mientras que los sabios, los virtuosos y los dignos sufren y se hunden bajo pesos insoportables. Es totalmente injusto, y sin embargo, nada ansían más los creyentes que el convencimiento de que ellos y los suyos pertenecen a uno de los pueblos elegidos.

Los Anker eran una de esas familias. Joy-Ann, que era Anker por partida doble, pues había nacido Anker y se había casado con un primo de la rama Anker, lo hubiera negado rotundamente, pero los elegidos raras veces lo sospechan hasta etapas avanzadas de la vida. A los cuarenta y ocho años, todavía era demasiado joven para identificar los signos de gracia en lo que consideraba una serie de trágicos infortunios. Pues la fuente de gracia, que para ser honestos llamaremos Dios, gusta de la ironía y se deleita en las paradojas; obtiene bien del mal como si tal cosa.

Considerados en conjunto, los Anker no eran particularmente perversos. En general, eran vagos y faltos de empuje (incluso en unos pocos casos habían llegado a vagabundos y borrachos), pero no eran malos de un modo activo u opresivo; víctimas, no victimarios; de los tristes, apagados y pobres de espíritu a quienes las Bienaventuranzas prometen, no sin ironía, el reino de los cielos. A Joy-Ann, por ejemplo, una póliza de seguro que había suscrito su marido por un cuarto de dólar en el aeropuerto de Las Ve-

gas le había ahorrado el tener que pasar por el conocido recurso de trabajar para ganarse la vida en los quince años que hacía que falleció su marido. Éste salió de Las Vegas arruinado y fue enterrado dos semanas más tarde en el Cementerio de Veteranos de Minnesota, dejando una viuda con dinero suficiente no sólo para evitar perder el derecho a levantar la hipoteca sino también para comprar unos bonos que le rendían ocho mil dólares al año. Aquello, junto con la pensión de viudedad, les permitió a los Anker supervivientes vivir lo que quedaba de los años sesenta en una cómoda indigencia. Bing fue alumno de Cretin, y Giselle, de Nuestra Señora de la Misericordia. Joy-Ann se quedaba en casa y preparaba comidas rápidas y sustanciosas siguiendo las recetas de *Family Circle*. Cada año engordaba un poco y se volvía un poco más irritable, pero en el fondo estaba más contenta que unas pascuas. Tenía exactamente lo que deseaba: una vida sin complicaciones.

Ahora aquella vida sin complicaciones estaba tocando a su fin, justo cuando la inflación había cercenado sus ingresos hasta convertir la compra en un motivo de angustia. Había tenido que enfrentarse a la necesidad de vender la casa. Dos agencias inmobiliarias distintas se la habían tasado en ochenta mil dólares, quizá incluso más, cuatro veces lo que hubieran sacado Dewey y ella en 1954, cuando la heredaron al fallecer su suegro, el señor Anker padre. ¡Una mina de oro! Todos aquellos años que había vivido en ella, la había clasificado en la misma categoría que el agua, el aire y el sol, algo necesario pero omnipresente. Con aquel patio descuidado y el estropeado papel de las paredes, ¿quién iba a suponer que no era el equivalente de la ropa de segunda mano que vendían en el Ejército de Salvación? ¿Ochenta mil dólares por un solar de la esquina de Calumet Avenue? El dinero estaba perdiendo todo significado.

El barrio de Calumet había sido siempre uno de los perennes motivos de queja de Joy-Ann. Primero empezó a decaer, lo que fatalmente hizo que se llenara de negros.